

Don "Gorgue" paz y la intrahistoria

Rafael de Cózar Sievert

*Universidad de Sevilla. Departamento de Literatura Española, Facultad de Filología, Tlfno. (95) 4551544. Fax (95) 4551496 E-mail: sievert@us.es
(Recibido Octubre de 2007; aceptado Noviembre de 2007)
Biblid (0214-137X (2006) 22; 21-26)*

Se llama JORGE PAZ, Don "Gorgue" para los amigos que iniciábamos los estudios de Filosofía y Letras en octubre de 1968, en el recién inaugurado Colegio Universitario de Cádiz, amistad que llegó a ser casi parentesco, por relación de hecho a lo largo ya de toda la carrera, continuada más tarde en Sevilla, una amistad que sigue ahí, horadando los años, estable como el cobre.

"Gorjito Paz", mentor un tanto por edad, al ser unos pocos años mucho mayor que nosotros, novatos estudiantes universitarios en una novata facultad de aquel año 1968, en donde llegamos incluso a percibir algún retazo de lo que muy lejos se estaba cociendo, ya desde aquel mismo mes de mayo, sobre todo en París. De hecho nunca he olvidado la llamada del Gobernador civil, avisándome, en calidad de delegado, de que si llevábamos a cabo una protesta, por no tener biblioteca, nos ponía los carros de combate a la puerta, lo cual hubiera resultado bastante divertido, por surrealista.

No éramos muchos los alumnos de primer curso convocados a la vera del Hospicio, frente a la Caleta, pero sí estudiantes de muy variada catadura, tal vez porque se presentaba por primera vez la oportunidad de estudiar letras en Cádiz, lo que atrajo a estudiantes que ya habían rozado la madurez, de modo que podría dividirse aquél grupo en tres sectores, los senior, incluyendo clérigos, monjas y militares, los de la edad lógica, chicos y chicas entre los 18-19 años, y "las tres Marías", cuya identidad queda para los que lo vivieron, junto con las Chicas de San Fernando.

Allí hicimos los "Comunes", años que lo eran dentro de la carrera, para luego elegir cierta especialización, a desarrollar en Sevilla. La dependencia de esta Universidad suponía tener una asignatura por día, a lo largo de él, y recibir a los profesores más relevantes de toda la Universidad hispalense, entre otras razones, porque se les pagaba aparte el día laboral y el desplazamiento. Nombres como los de Don Juan Gil, López Estrada, Gil Munilla, Don Antonio Blanco Freijeiro, quien nos auguraba mal camino a los que no supieran cuatro idiomas, el profesor Comellas, el insigne D. Feliciano Delgado, o Don Antonio de la Banda, junto a sus ilustres adjuntos, eran recibidos y coordinados por nuestro peculiar decano, Juan López, filósofo, como no podía ser de otra manera.

Aquella carrera de letras sería la base de todas las ciencias, el soporte fundamental, pues los científicos ocupaban el piso superior, dejándonos a los humanistas los bajos y el discurrir dialécticamente en el patio central del edificio. Don Roque, el jefe administrativo y una explosiva secretaria, además

del joven de mantenimiento, componían el resto del claustro. Y lo cierto es que aquel breve colectivo de pioneros letristas éramos una piña, incluso cuando el grupo fue creciendo con nuestro ascenso a segundo y la incorporación de otros nuevos alumnos a primero. Tan unidos estábamos que, si no recuerdo mal, toda la facultad hizo un viaje de fin de curso a Granada, en un mismo autobús, en el que nos trajimos de recuerdo una silla de un bar granadino. Pero tal vez porque Cádiz no tenía en esa etapa demasiado ambiente universitario, que distrajera del estudio, y el hecho de que tuviéramos además un plantel de profesores de primera, más acostumbrados a los alumnos de especialidad y doctorado, el caso es que el alumnado de aquellas primeras promociones resultó también de primera categoría, hasta el punto de que muchos de aquellos estudiantes terminamos como profesores universitarios, en Cádiz o en Sevilla, alcanzando algunos de ellos el vicerrectorado. Unos pocos nombres pueden servir de ejemplo, además del que esto suscribe: Luis Charlo, José Hernández, García Tejera, García Doncel, Manuel Ramos, Jorge Paz, Adolfo González, Chispa Atero, entre otros, además de los muchos que pronto lograron también con rapidez sus cátedras en Institutos.

Ya entonces fue conformándose un grupo cuya ligazón se fortalecería aún más en Sevilla, al seguir la misma especialización, que luego sería de hispánicas. Otros derivaron hacia anglogermánicas, o clásicas, además de los que lo hicieron hacia Geografía e Historia, o hacia Filosofía, una vez que se diseccionó la antigua Filosofía y Letras en diversas ramas.

Jorge Paz, Adolfo González, Jorge Thuillier, Manolo Ramos y yo mismo solíamos vernos muy a menudo, a veces para estudiar juntos, como lo habíamos hecho en Cádiz. La relativa madurez de Jorge, también económicamente, le permitía disponer de piso, aunque compartido en finanzas con Adolfo, además del hermano de este y Juan Carlos Soler, al tiempo que Jorge Thuillier y yo, junto al pintor Pedro Vez, compartíamos residencia con nuestro antiguo profesor de griego en Cádiz, Antonio Domínguez, quien, dejando su apartamento, alquiló por caridad cristiana uno más grande para la troupe. De este modo disponíamos de dos sedes para nuestros encuentros, si bien nuestro piso, por ser de inquilinos más letrados, o más bien por su ubicación, solía ser el más frecuentado. No es secundario lo de la ubicación, pues al estar en el Paseo de Colón, frente al río, no lejos de la Torre del Oro y más cerca aún del famoso local llamado “La Marina”, resultaba especialmente atractivo.

La honradez y sinceridad (que Dios nos coja confesados) me obligan a reconocer ahora que aquel local, donde a menudo tomábamos café, o

jugábamos a las máquinas, pudiera considerarse una mancha en el limpio historial de Don Gorgue, dado que en sus altos, y como parte de la misma empresa, emplazábase uno de los más clásicos locales de la nocturnidad y el alterne, clásico por la avanzada edad de sus operarias, así como de su decoración, más propia del París de fin de siglo. Pero también es cierto que ese contexto no es del todo lejano al mundo artístico, y ha sido frecuente escenario de la literatura, o la pintura, por lo que no resulta ilógico su conocimiento para quienes pretenden conocer los trasfondos de la creación estética. En este punto diré y afirmaré con rotundidad, así como en lo que se refiere a la relación con las compañeras universitarias, que don Jorge se mantuvo siempre distante, sin pasar nunca más allá de un interés estético, tal vez por tener un suegro con el grado militar de general, y porque siempre ha sido de un natural reflexivo, comedido, nada dado a las estridencias. Algo similar puede decirse de Adolfo, o de Manolo Ramos, también entonces bien atados emocionalmente, lo que les impedía ver aquél escenario con ojos impuros. De hecho, más tarde, Jordi Paz dejó el piso solteril de Virgen de Guaditoca y trasladóse, esposado, a un piso en la Enramadilla.

Ya nuestra amistad, individual y de grupo, se mantendría estable el resto de la carrera. Efectivamente nos debemos mucho en relación con ella, pues el que sobresalía, o conocía mejor una materia, solía aclararla con los demás, fraguando así una base en estos campos filológicos que permitiría a varios destacar en la especialidad, incluso a Manolo Ramos. Algún trabajo conjunto, como habíamos hecho en Cádiz, repetimos en Sevilla. Recuerdo, por ejemplo, aquél que entregamos al profesor Lamiquiz, de lingüística, sobre la semántica del café, que nos obligó a un crecido trabajo de campo en bares y tabernas.

Pero hay además un factor que personalmente debo reconocer y agradecer. La economía de nuestro hermano don Gorgue, por edad y por negocio (tenía una academia en Cádiz), además de ser maestro nacional, podía considerarse un poco más saneada que la del resto, y mucho más en mi caso, hijo de viuda, becario y casi autosuficiente, aunque muchas veces no llegara al nivel mínimo de suficiencia gastronómica. Esto explica mi frecuencia en los comedores del SEU, donde podía repetirse el primer plato cuanto uno fuera capaz de cargar estomacalmente, lo que exigía, tratándose de grandes pucherazos leguminosos, avezados estómagos guerrilleros. Había que abastecerse con reservas para otros días menos dotados de calderilla. Por esta razón y dado que ya venía yo bastante puesto en artes culinarias, más de una vez me ofrecí y fui aceptado como cocinero en casa de Jorge, lo que contribuyó a mejorar mi dieta, todo lo cual practiqué luego cuando Thuiller se casó y fui

solicitado como maestro de cocina para su adorable esposa, que Dios guarde en la tierra muchos años. De entonces vienen algunos platos de mi autoría que me han permitido sacarles abundante partido en los años posteriores y hasta el presente.

Jorge, a quien raras veces puede uno ver enfadado y con quien no recuerdo haber mantenido ni una sola conversación tensa, tiene un profundo sentido del humor, esa rapidez gaditana que exige obviamente inteligencia, la cual, unida a la preparación, hace difícil la competencia. No me extrañó nada que, siguiendo su interés por los estudios sociales, desarrollara más tarde el del ámbito carnavalesco, cuyos aspectos lingüístico, léxico semántico y demás dimensiones, difícilmente podría desarrollar un foráneo de la capital del humor, por muy Alvar (al bar) que fuera. Y junto a Jorge Paz, Adolfo González, siempre fiel camarada, hasta el punto de que uno no sabe quien de los dos es Max Estrella y quien Latino de Hispalis, tal vez porque lo son ambos al mismo tiempo, dos figuras entrañables de mi intrahistoria.

Aquella Troupe quedó geográficamente un tanto desligada (unos en Cádiz y otros en Sevilla) pero no emocionalmente, aspecto que se encarga de revitalizar cada día la memoria. Por esta razón, en vez de contribuir con un sesudo ensayo, artículo, o estudio, que difícilmente sería competitivo a estas alturas, he optado por contar algunos detalles de nuestro pasado, sintiéndome además agradecido porque se me haya invitado a un homenaje que valoro (y Jorge lo hará más aún) por no ser póstumo.